

Siglo XX

Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

Cómo creció la música

Seguramente que ustedes han visto en las bibliotecas esos libretos escritos por un profesor extranjero de gruesas gafas, y que tratan del Arte.

Allí se habla de él como de un gran secreto importante que, naturalmente, vuelve importantes a los profesores que se dedican a explicarlo.

Pero es mejor no tomarlo muy a pecho, pues la realidad es distinta. Ya pueden ahora mismito irse enterando de ese importante secreto. De verdad que es algo gracioso...

Porque el Arte no es más que un juego: el más alegre, movido y estupendo de todos. Es un juego hecho por hombres que guardaron su alma infantil y festejaron el mundo en diez mil formas distintas, a lo largo de numerosos siglos.

Unos jugaban con toscos pinceles y con arcillas y nos dejaron lindos venaditos pintados o preciosos jarros de colores. Otros prefirieron los mármoles, para dejar las estatuas más bellas que se han visto en la vida. A otros les gustaban tanto las palabras que jugaron con ellas ordenándolas y adornándolas: éstos nos han dejado historias y versos.

Pero a ustedes les gustaría saber algo de aquellos que escogieron el material de pájaros y fuentes: el sonido. Estos buenos músicos amaban los sonidos y en sus juegos con ellos nos dejaron muchas horas de alegría y emoción para consolarnos cuando la vida se nos vuelve difícil.

Y volvamos a nuestro cuento. Ya saben ustedes lo que ocurre con los trocitos de madera, con los que a veces se construye una casa, y a veces un puente, una torre o una muralla. Bueno. Pues lo mismo ocurrió a aquellos hombres que jugaban con los sonidos.

Muy al principio no construían sus piezas como las construyeron hace cien años, por ejemplo. Hace

la friolera de ocho siglos, lo que se hacía con los sonidos era distinto de lo que hoy acostumbramos oír. No había muchos de los instrumentos hoy conocidos, ni directores de orquesta. No había ¡vaya! ni radios...

Los músicos de aquella época cantaban fáciles cantos en alabanza a Dios. Eran cantos muy antiguos, muy antiguos. Antes habían servido para cantar a otros dioses, con otras palabras.

Un día esto comenzó a parecer demasiado sencillo y serio, y las gentes se decidieron a cantar canciones fuera de la iglesia, donde no se alababa a Dios, sino se alegraban los hombres porque había llegado la primavera.

En aquellos tiempos de torneos caballerescos

frente a castillos que parecen sacados de cuentos de hadas, comenzaron a aparecer unos simpáticos vagabundos que inventaban dulces canciones, mucho más halagadoras al oído que aquellos ceremoniosos cantos religiosos, conocidos como cantos gregorianos.

Por allá iba el trovador, un caballero de muy amables modales, cantando interesantes historias, de castillo en castillo. Le acompañaba un juglar con su laúd que es el

abuelo de la guitarra.

Muy pronto violinistas, danzarines y bufones comenzaron a hacerles la competencia, a pesar de que era una vida insegura, pobre y bastante desacreditada. Aunque nuevas costumbres les hicieron perderse en el olvido, llevaron la música hacia otro estilo.

Entretanto, unos modestos maestros habían ido perfeccionando el sistema de escribir notas, mientras que los fabricantes de instrumentos se pasaban noches en vela, tratando de mejorar los existentes, o de inventar otros nuevos. Todos estos adelantos

"En aquellos tiempos de torneos caballerescos frente a castillos que parecen sacados de cuentos de hadas, comenzaron a aparecer unos simpáticos vagabundos que inventaban dulces canciones, mucho más halagadoras al oído que aquellos ceremoniosos cantos religiosos, conocidos como cantos gregorianos"

comenzaron a aplicarse tanto en la música religiosa como en la profana de castillos y cortes.

Los más hábiles músicos que recordamos de ese tiempo se llamaron Monteverdi, Palestrina y Vittoria.

Hubo después un alemán llamado Juan Sebastián Bach, que trabajó de sol a sol, fue inteligente y bueno como nadie y dejó libros y libros de una música indeciblemente hermosa. Cuando se la conoce y se la ama, basta para llenar de fuerza y alegría toda una vida, sólo con el júbilo, la emoción y el poder que tiene.

Uno de sus hijos volvió ligera y tierna la música de su época. Otro ideó una forma nueva de presentar el juego de dos ideas musicales. A esto se llamó *sonata*, una composición que ha sobrevivido hasta nuestros días, formando también la base de esas obras para gran orquesta que se llaman *sinfonías*.

Siguieron a Bach numerosos alemanes copiando su ejemplo de laboriosidad y devoción a la música: Haydn, Mozart, Beethoven.

Este último es favorito de miles de seres humanos. Su vida fue dolorosa; pero él supo dominar ese dolor y crear uno de los cantos más imponentes que se conocen: la *Oda a la Alegría*, en la que un gran coro canta jubilosamente ese sentimiento, en forma tan brillante que llena de entusiasmo a cuantos la escuchan.

Cuando Beethoven murió parecía que nadie pudiera crear nada más conmovedor de lo que él escribió. Sin embargo, otro alemán, Wagner, trabajó duramente largos años para lograr describir en música las antiguas leyendas de su país. Su música es imponente tanto para el oído como para la vista, que sigue en el escenario del teatro las peripecias de héroes y princesas. Antes de él muchos otros músicos, especialmente italianos, habían escrito narraciones con música, conocidas como óperas. Wagner logró hacer obras fascinantes en las que se cuidaban con gran atención todos los detalles: relato, música, luces, trajes, y los escenarios donde se llevarían a cabo las representaciones.

Más tarde, en Francia, se fue formando un grupo de músicos que con gran finura e inteligencia trataron de que sus obras hicieran pensar en paisajes o cuadros. Parece difícil, pero ustedes tendrán ocasión de escuchar composiciones como *Jardines bajo la lluvia*, de Debussy, y comprobarlo.

Actualmente, los compositores de muchos países tratan de encontrar siempre nuevas formas de música. Entre los más famosos recordamos a Stravinsky, con sus obras para "ballet"; Shostakovitch, que sabe describir la vida de seres trabajadores y pobres; Pro-



kofieff, a quien debemos la música más fresca y encantadora, al mismo tiempo que vigorosa, de nuestros días. Es él quien ha escrito *Pedro y el Lobo*, ese delicioso cuento que acaso ya conocieron ustedes en las películas de colores.

Y ahora volvamos al ejemplo de los trozos de madera, ¡que no habrán olvidado todavía! Unas veces salen torres y otras puentes, ¿no es así? Es que cambia el humor, como también las manos que manejan los trocitos y el carácter del dueño de las manos. Lo mismo ocurre con la música. El material es siempre el mismo: el sonido. Sólo cambia el humor. Hay músicas que dan ganas de estar risueño, como las de Haydn y Mozart. Otras lo ponen a uno serio y pensativo, un poco triste, tal vez. No significa esto último que sea música mala o aburrida. Sólo los grandes artistas pueden hacer sentir una tristeza hermosa, que a veces es mejor que la alegría misma. Si ustedes son curiosos e inteligentes, traten de averiguarlo por sí mismos para descubrir uno de los secretos más necesarios de la vida humana. ■

M. Miranda

Tomado de un programa de mano: *Conciertos para los niños*. México: Departamento de Música de la Secretaría de Educación Pública, 1946.